



CARPETA N.º 7

HISTORIAS DE VÍCTIMAS DEL TRABAJO INFANTIL

EQUIPO 1

1. [John Allett](#) empezó a trabajar en una fábrica textil con catorce años. Tenía cincuenta y tres cuando fue entrevistado, el 21 de mayo de 1832, por Michael Sadler y su comisión de la Cámara de los Comunes.

Pregunta: ¿Diría que ahora se trabaja más horas?

Respuesta: Cuando empecé en las fábricas, trabajaba unas once horas al día, pero con el tiempo hemos llegado a trabajar quince, dieciséis y a veces hasta dieciocho horas. Lo noto en mis propios hijos, que al principio están bastante animados, pero cuando se acerca el final de la semana empiezan a estar muy cansados.

Pregunta: ¿Están prácticamente siempre de pie?

Respuesta: Todo el rato. No se puede descansar.

Pregunta: ¿Se les nota con sueño?

Respuesta: Están muy adormilados. Por la tarde mi hijo me pregunta: «padre, ¿qué hora es?» y si yo le digo, por ejemplo: «las siete», enseguida le oigo decir «oh, no... ¿aún quedan dos horas para las nueve?» No puedo soportarlo; he llegado a pensar que preferiría verlos morir de hambre que tener que acostumbrarme a esto. Le he oído gritar, llegando a casa, «madre, ¿está lista la cena?» y, al bajármelo de la espalda, me lo he encontrado dormido.

Pregunta: ¿Cuándo empezó este niño a trabajar en la fábrica?

Respuesta: Entre los seis y los siete años.

Pregunta: ¿Se producen más accidentes hacia el final de la jornada?

Respuesta: Yo he conocido más accidentes al principio que al final de la jornada. Fui testigo de uno. Un niño estaba preparando la lana para la máquina, pero se enganchó con la correa porque estaba medio dormido, y la correa lo arrastró a la maquinaria. Encontramos una pierna en un sitio y un brazo en otro: lo dejó hecho jirones, su cuerpo entró entero en la máquina y salió descuartizado.



2. [Elizabeth Bentley](#) nació en Leeds en 1809. Con seis años entró a trabajar en una fábrica de lino. El 4 de junio de 1832, Elizabeth fue entrevistada por Michael Sadler y su comisión de la Casa de los Comunes, y contó cómo el trabajo en la sala de cardado había perjudicado gravemente a su salud: «Había muchísimo polvo, y el polvo me entraba en los pulmones, el trabajo era muy duro. Me puse tan mala que, cuando levantaba las canastas, se me salían los huesos del sitio». Explicaba que había llegado a estar «muy deforme» y que «me empezó con más o menos trece años, y desde entonces no ha dejado de ir a peor».

- Pregunta:** ¿Cuál era tu horario de trabajo?
Respuesta: De niña trabajaba de las cinco de la mañana a las nueve de la noche.
- Pregunta:** ¿A qué horas podíais comer?
Respuesta: Teníamos cuarenta minutos a mediodía.
- Pregunta:** ¿No teníais un tiempo para desayunar, o para beber?
Respuesta: No, lo hacíamos como podíamos.
- Pregunta:** ¿Tenías tiempo para tomar el desayuno?
Respuesta: No; nos obligaban a dejárnoslo o a llevárnoslo a casa; y si no nos lo llevábamos, el capataz se lo echaba a los puercos.
- Pregunta:** Cuando te fallaban un poco las fuerzas o llegabas tarde ¿qué te hacían?
Respuesta: Nos pegaban con una correa.
- Pregunta:** ¿Cuál era tu tarea?
Respuesta: Me encargaba de pesar en la sala de cardado.
- Pregunta:** ¿Cuánto tiempo trabajabas ahí?
Respuesta: Desde las cinco y media de la mañana hasta las ocho de la tarde.
- Pregunta:** ¿Qué aspecto tenía la sala de cardado?
Respuesta: Polvoriento. Había tanto polvo que no nos veíamos los unos a los otros.
- Pregunta:** ¿Te afectó a la salud trabajar en la sala de cardado?
Respuesta: Sí; había muchísimo polvo, y el polvo me entraba en los pulmones, el trabajo era muy duro. Me puse tan mala que, cuando levantaba las canastas, se me salían los huesos del sitio.
- Pregunta:** ¿Tienes el cuerpo tan deformado por culpa de este trabajo?
Respuesta: Sí.
- Pregunta:** ¿En qué momento empezó?
Respuesta: Me empezó con más o menos trece años, y desde entonces no ha dejado de ir a peor. Al morir mi madre tuve que cuidar de mí misma.
- Pregunta:** ¿Dónde estás ahora?
Respuesta: En el hospicio.
- Pregunta:** ¿Eres totalmente incapaz de trabajar en una fábrica?
Respuesta: Sí.
- Pregunta:** ¿Te hubiera gustado trabajar todo lo que hubieras podido, desde que eras pequeña?
Respuesta: Sí.
- Pregunta:** ¿Ayudaste a tu madre viuda todo el tiempo que pudiste?
Respuesta: Sí.



EQUIPO 2

1. [John Birley](#) nació en Bethnal Green (Londres) en 1805. Su padre murió cuando él tenía dos años, y cuando su madre cayó enferma en 1810 él y su hermana fueron enviados al hospicio de Bethnal Green. Birley comentaría más tarde: «Nos daban bien de comer, teníamos buenos lechos y nos dejaban libres dos o tres veces por semana. Nos enseñaron a leer y nos trataron bien en todos los sentidos.»

«El año en que murió mi madre, tendría yo seis o siete años, llegó un hombre en busca de aprendices de la diócesis. Nos ordenaron que fuéramos todos a la sala de juntas, éramos unos cuarenta. Habría como unos veinte caballeros sentados en una mesa, con papel y pluma. Nos llamaron uno a uno por nuestros nombres y quedamos en fila frente a ellos. Cuando pronunciaron mi nombre, me adelanté hasta el centro de la sala». Y el hombre dijo «bueno, John, estás hecho un hombrecito, ¿quieres venirte con nosotros al campo?» A lo que él respondió: «sí, señor».

Birley fue trasladado a Buxton, en Derbyshire. «Llegamos a Buxton a las cuatro de la tarde de un sábado. Allí nos estaba esperando un carro. Subimos todos y nos dirigimos a la casa de los aprendices de Litton Mill, a unas seis millas de Buxton. El carro paró y empezamos a subir hacia la casa, donde vimos al amo, que vino a examinarnos y dio órdenes allí mismo. Nos trajo algo de cenar que no pudimos comernos aunque nos moríamos de hambre. Eran tortitas de avena de Derbyshire, que no habíamos visto hasta entonces. Estaban agrias como el vinagre.»

John Birley descubrió lo que era ser un aprendiz en Cressbrook Mill. «Trabajábamos de las cinco de la mañana a las nueve o las diez de la noche; los sábados hasta las once, y con frecuencia hasta las doce de la noche; y el domingo íbamos a limpiar las máquinas. No se nos daba tiempo para desayunar, no podíamos sentarnos para cenar ni para tomar un té. Íbamos a la fábrica a las cinco y trabajábamos allí hasta más o menos las ocho o las nueve, cuando nos traían el desayuno, que consistía en unas gachas de avena hechas con agua y unas tortitas de avena dentro con cebollas para aromatizar. La cena consistía en tortitas de avena de Derbyshire cortadas en cuatro y apiladas en dos montones. Unas llevaban mantequilla y las otras melaza. Al lado de las tortitas dejaban unas lecheras. Nos bebíamos la leche y, con la tortita en la mano, volvíamos al trabajo sin sentarnos. Trabajábamos entonces hasta las nueve o las diez de la noche, cuando paraba la noria. Acabábamos de trabajar y nos íbamos al hogar de los aprendices, que estaba a unas 300 yardas de la fábrica. Era una gran casa de piedra, rodeada por un muro, de dos o tres yardas de alto y con una sola puerta, siempre cerrada a cal y canto. Podía alojar a unos 150 aprendices.»

Como la mayoría de los aprendices, Birley recibió un trato muy rudo: «Needham, el amo, tenía cinco hijos: Frank, Charles, Samuel, Robert y John. Estos hijos y un hombre llamado Swann, el capataz, solían recorrer la fábrica de arriba abajo con varas de avellano. Una vez, Frank me pegó tanto que él mismo se asustó, pensando que me había matado. Me había golpeado en las sienes hasta dejarme inconsciente. Otra vez me derribó y me amenazó con la vara. Para protegerme la cabeza levanté el brazo, y me golpeó entonces con tanta furia que me rompió el codo. Aún tengo las marcas, y todavía hoy me duele ese codo, y me seguirá doliendo mientras viva.»

Birley decidió informar de esto al hospicio de Bethnal Green: «Estaba determinado a que los caballeros de la parroquia de Bethnal Green supieran cómo nos trataban, escribí una carta con John Oats y la llevé a la oficina de correos de Tydeswell. Allí la abrieron y se la llevaron al viejo Needham. Nos dio tal paliza, con un bastón de los de pomo, que a duras penas podíamos arrastrarnos por tierra. Algo después, estos tres caballeros vinieron desde Londres. Pero antes de que llegaran a inspeccionar nos lavaron y asearon, y nos ordenaron que le dijéramos cuánto nos gustaba trabajar



CASA DE LA HISTORIA EUROPEA

en la fábrica y qué bien nos trataban. Needham y sus hijos no abandonaron la estancia en ningún momento. Nos preguntaron sobre cómo nos trataban y respondimos tal como nos habían instruido; no nos atrevíamos a hacer otra cosa porque sabíamos lo que pasaría si por ventura decíamos la verdad.»

En el verano de 1849, John Birley fue entrevistado por James Rayner Stephens. El relato de su vida y de la infancia pasada trabajando en Cressbrook Mill apareció en el *Ashton Chronicle* el 19 de mayo de 1849.

2. [Testimonio](#) de una niña de 11 años en *Los inicios de la industria*, p. 43, Encuesta de la Comisión de Minas (1842):

«Trabajo en el fondo de la mina desde hace tres años por cuenta de mi padre. Tengo que bajar a la fosa a las dos de la madrugada y no vuelvo a subir hasta la una o las dos de la tarde. Me acuesto a las seis de la tarde para poder volver a empezar al día siguiente. En el lugar de la fosa donde yo trabajo, el yacimiento está en pendiente pronunciada. Tengo que subir cuatro pendientes o escaleras, acarreado el fardo, para llegar a la galería principal de la mina. Mi trabajo consiste en llenar cuatro o cinco vagonetas de doscientos kilos cada una. Necesito veinte viajes para llenar las cinco. Cuando no lo consigo, me dan una paliza. Estoy muy contenta cuando termino la faena, porque acabo derrengada».

3. [Acta de una inspección](#) (archivos del departamento del Loira 88 M 21)

«En la cristalería de Don Irénée Laurent, en Vauche, el 27 de julio a las cinco de la tarde, Jean-Marie Januel, de ocho años de edad, estaba trabajando en el equipo que comienza su turno a las cuatro y termina a medianoche [...] con la circunstancia agravante de que este niño no frecuenta ninguna escuela, no posee cartilla y no está inscrito en el registro de mano de obra, lo que muestra a las claras la intención de sustraer a este niño a nuestra protección.» «El 9 de mayo de 1891, a las dos de la madrugada, persuadidos de que se nos ocultaba que algunos niños trabajaban de noche, subimos a una buhardilla que hacía las veces de dormitorio común, donde descubrimos a un tal Granger Joseph escondido en un camastro en el que acababa de meterse vestido, con el sombrero puesto y calzado, llevando aún en la mano el garfio con el que se retiran los hilos del telar. Interrogado por nosotros, declaró en primer lugar que no estaba trabajando sino que se acostaba vestido, y más tarde, ante el mismo señor Perrichon, que formaba parte del equipo que trabajaba en el turno de noche, de las doce hasta las doce del mediodía. No atreviéndonos a entrar en el dormitorio de las chicas [...] interrumpimos aquí nuestra inspección, persuadidos no obstante de que se nos ocultaba que había también niñas vestidas en sus camas.»



EQUIPO 3

William Dodd, *Narración de las Andanzas y Padecimientos de William Dodd, un Lisiado por la Fábrica (1841)*

Con seis años me convertí en anudador, oficio que el lector no alcanzará a entender si no está familiarizado con la máquina de hilar algodón, a la que llamamos mechera. Una mechera es una máquina que en cierto modo se parece a la letra H, con una parte inmóvil y otra que se puede mover y que se impulsa por debajo de la parte inmóvil, casi como el cajón de una mesita; la parte móvil, o carro, va hacia adelante y hacia detrás, guiado por seis ruedas de hierro que se deslizan sobre tres raíles de hierro, como un vagón por la vía férrea. En este carro se encuentran los husos, que son entre 70 y 100, todos accionados por una rueda que acciona la máquina de hilar. Cuando el dispositivo de torsión lleva el carro hacia la parte fija de la máquina esta puede obtener una cierta longitud de cardado para cada huso, digamos 10 o 20 pulgadas, que retira y convierte en mechas; una vez hecho esto, retuerce las mechas en torno a los husos, devuelve el carro arriba como al principio y proporciona otra vez una serie de mechas recién confeccionadas.

El anudador toma estas mechas con la mano izquierda, unas veinte cada vez. Las toma a unas cuatro pulgadas de un extremo, y deja el otro colgando; va tomando estas con la mano derecha, una cada vez, para anudar y unir los extremos de la mecha unas dos pulgadas una por encima de la otra, y frota las dos napas de urdimbre en el telar con la palma de la mano extendida. Tiene que ser un experto, para que a la máquina nunca le falte suministro. Un buen anudador es el que saca entre 30 y 40 husos con mecha cardada.

El número de mechas cardadas que pasan al día por los dedos de un anudador es enorme; cada una ha de frotarse tres o cuatro veces en un espacio de tres o cuatro pulgadas, y la fricción continua de la mano frotando la mecha sobre la ruda arpillera desgarrar la piel y hace sangrar los dedos. La posición en la que el anudador se mantiene para hacer su tarea es con el pie derecho adelantado, y el lado derecho de frente al bastidor: el movimiento que provoca al moverse enfrente del bastidor, para anudar, no es nunca hacia delante o hacia detrás, sino longitudinal, manteniendo siempre su lado derecho hacia el bastidor. En esta posición está todo el día, con las manos, los pies y los ojos en constante movimiento. No es difícil entender que el peso de todo su cuerpo reposa sobre su rodilla izquierda, que es casi siempre la primera articulación que se quiebra.

Trabajé bastante en el bastidor, hasta que prácticamente no podía ni llegar a casa, y en este estado me veía alguna gente por la calle, arrastrando los pies, y muchos me recomendaban no seguir trabajando en las fábricas; pero eso era algo que no estaba en mis manos. Durante el día, solía mirar el reloj y calcular cuántas horas me quedaban todavía para salir del trabajo; pasaba las noches preparándome para el día siguiente – dándome friegas con aceites en las rodillas, los tobillos, los codos y las muñecas... Y me iba a la cama llorando y rogando a Dios nuestro Señor que me llevara con él durante el sueño. [...]

Se me deformaron las piernas. De pie en la posición más sencilla, cuando los pies están separados unas catorce pulgadas, las rodillas y los muslos se tocan, para que las piernas formen una especie de arco que venga en sostén del cuerpo. Uno de los males que provoca el doblar y curvar las piernas es que los vasos sanguíneos dejan de funcionar como deben. Y un peligro terrible que resulta de la imperfecta circulación de la sangre es que se seca la médula en los huesos, y estos ceden.

En la primavera de 1840, empecé a notar síntomas dolorosos en la muñeca, que procedían de la debilidad general de mis articulaciones provocada por el trabajo en la fábrica. Fueron a más la hinchazón y el dolor; y aunque fui aconsejado por los médicos, de nada valió; y, habiendo estado sin



trabajar durante un tiempo y consumidos todos mis recursos, hube de ingresar en el Hospital de Santo Tomás, donde se me prestaron todos los cuidados y atención necesarios. Pronto se hizo patente para todos aquellos que me veían que había de perder, muy pronto, la mano o la vida. Los cirujanos del hospital se reunieron y llegaron a la conclusión de que la amputación era inevitable. Me operaron el 18 de julio. El antebrazo fue seccionado un poco por debajo del codo. Y así fue como este nuevo plan de progresar y salir del hospicio resultó igualmente malogrado y frustrado.

William Dodd entrevista a John Reed, un antiguo empleado de Richard Arkwright, en su libro *El Sistema de Fábricas: Ilustrado* (1842)

John Reed es un joven tristemente deforme que vive en Cromford. Cuenta así su desgraciada historia: «Entré a trabajar en la fábrica de algodón de Arkwright a la edad de nueve años. Era entonces un chico fuerte, sano, de brazos y piernas armoniosos. Al principio ganaba 2 chelines a la semana, por 72 horas de trabajo. Seguí trabajando diez años en la fábrica, hasta ganar 6 chelines y pico a la semana, el salario más alto que nunca tuve. Fui quedándome lisiado poco a poco, hasta que con diecinueve años no podía ni mantenerme en pie ante la máquina, y no me quedó más remedio que abandonar. Todo lo que gané en este tiempo fueron unos 130 chelines, y por esta suma me había convertido en un tullido desgraciado, como puede ver, desahuciado sin un solo penique por quienes cosecharon los beneficios de mi trabajo.»

He aquí a un hombre joven, destinado sin duda alguna por la naturaleza a convertirse en un hombre robusto, lisiado en la flor de la edad, y desvanecidas para siempre todas sus esperanzas en la vida. Pocas veces me he encontrado con alguien tan tullido como él. No puede mantenerse en pie sin un bastón en una mano y apoyándose en una silla con la otra; tiene las piernas retorcidas de todas las formas imaginables. Su cuerpo, de la cabeza a las rodillas, forma una curva similar a la letra C. No se atreve a salir de casa, ni aunque pudiera; la gente le miraría. Está aprendiendo a hacer botines para niños que empiezan a andar, y espera poder algún día ganarse la vida de este modo.

He estado paseando por los alrededores de este hermoso y romántico lugar, y he visto el espléndido castillo y otras construcciones que pertenecen a los Arkwright, y no he podido evitar comparar en mi mente la situación de esta acomodada familia con la humilde condición de su fundador en 1768. Cabría esperar que quienes han conseguido tal riqueza y fama tuvieran alguna compasión por sus pobre lisiados. Si el único problema es que necesitan que alguien se lo ponga ante los ojos porque hasta la fecha nadie les mostró lo que estaba pasando, espero y confío en que el caso de John Reed pueda todavía llegar a sus oídos.



EQUIPO 4

1. [David Bywater](#) nació en Leeds en 1815. Fue entrevistado por Michael Sadler y su comisión de la Cámara de los Comunes el 13 de abril de 1832. Les contó con qué horarios trabajaba: «Empezábamos a la una de la madrugada el lunes, y trabajábamos hasta las ocho, cuando teníamos media hora para desayunar; después seguíamos hasta las doce y teníamos media hora para beber algo; a las once y media de la noche hacíamos un descanso de hora y media; y después continuábamos hasta la hora del desayuno, cuando teníamos media hora, y luego otra vez hasta las doce, a la hora del almuerzo, para el que teníamos una hora: y entonces parábamos otra vez el martes a las cinco de la tarde media hora para beber; y seguíamos hasta más allá de las once, y ahí lo dejábamos hasta las cinco de la madrugada del miércoles.» Bywater afirma que esto le produjo deformidades físicas: «Se me arquearon completamente las rodillas».

Pregunta: ¿Qué edad tenías cuando entraste a trabajar en el turno de noche de la sección de vaporizado?

Respuesta: Casi catorce.

Pregunta: ¿Puedes contar a esta comisión las fatigas que tuviste que soportar teniendo que pasar ahí tantas horas?

Respuesta: Empezábamos a la una de la madrugada el lunes, y trabajábamos hasta las ocho, cuando teníamos media hora para desayunar; después seguíamos hasta las doce y teníamos media hora para beber algo; a las once y media de la noche hacíamos un descanso de hora y media; y después continuábamos hasta la hora del desayuno, cuando teníamos media hora, y luego otra vez hasta las doce, a la hora del almuerzo, para el que teníamos una hora: y entonces parábamos otra vez el martes a las cinco de la tarde media hora para beber; y seguíamos hasta más allá de las once, y ahí lo dejábamos hasta las cinco de la madrugada del miércoles.

Pregunta: ¿Y entonces te ibas a casa?

Respuesta: No, dormíamos en la fábrica.

Pregunta: ¿Cómo dormíais en la hilandería?

Respuesta: Nos quitábamos toda la ropa excepto las camisas e íbamos a la parte más caliente de la hilandería, a dormir entre los ropajes más secos que encontrábamos.

Pregunta: ¿Comíais de pie?

Respuesta: Sí, poníamos las cestas sobre las cajas.

Pregunta: ¿Eran perfectas tus piernas cuando empezaste con este trabajo tan largo y excesivo?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Qué efecto tuvo sobre ellas?

Respuesta: Se me arquearon completamente las rodillas.

Pregunta: Si te hubieras negado a trabajar tantas horas, y hubieras querido trabajar con unos horarios un poco más moderados, ¿te habrían mantenido en el puesto?

Respuesta: Me hubieran mandado a casa directamente.

Pregunta: ¿Tienes alguna información de cuáles serán las consecuencias de haber venido a testificar?

Respuesta: El capataz le dijo a mi hermano que si venía a Londres nunca más encontraría un empleo, y mi hermano tampoco. Mi hermano dijo que no había podido evitarlo; pero estoy seguro de que en cuanto haga algo que no le gusta le despedirá; porque si una familia trabaja para ellos y uno hace algo mal, despiden a toda la familia.



2. [Sarah Carpenter](#) era hija de un soplador de vidrio. Su padre murió cuando tenía ocho años y la familia acabó en el hospicio de Bristol. Sarah recordaría más tarde: «Mi hermano salió del hospicio de Bristol como muchos otros niños: cargado como un fardo junto a otros en un carro. Durante dos años, mi madre no supo dónde estaba. Se lo llevaron en plena noche sin que ella lo supiera, y los encargados de la diócesis nunca le dijeron dónde estaba.»

Un par de años después, Sarah siguió a su hermano a Cressbrook Mill: «La comida habitual era una torta de avena, gruesa y tosca. La metían en latas y echaban encima leche hervida y agua. Este era nuestro desayuno y nuestra cena. La comida consistía en un pastel de patata con panceta hervida, repartida aquí y allá, con tanta grasa que casi no nos la podíamos comer, aunque teníamos tanta hambre que nos hubiéramos comido cualquier cosa. El té y la mantequilla ni los olíamos. Una vez al año nos daban queso y pan integral. Solo comíamos tres veces al día, aunque nos levantábamos a las cinco de la mañana y trabajábamos hasta las nueve de la noche.»

Los castigos en la fábrica de hilos eran espantosamente crueles: «El contraamaestre de cardas se llamaba Thomas Birks, pero todos lo llamábamos “Tom el Demonio”. Era un hombre malísimo, y el amo le animaba a maltratar a todo el mundo, pero especialmente a los niños. Muchas veces lo vi levantar los faldones a las mozas de diecisiete o dieciocho años, ponerlas sobre sus rodillas y azotarlas con la mano delante de hombres y muchachos. Todo el mundo le tenía miedo. Una vez se cayó y nuestra alegría fue inmensa. No queríamos más que se muriera.»

Algunos de los niños intentaron escapar: «Cuando no trabajábamos, el cerrojo estaba siempre echado, por miedo a que alguno intentara escapar. Un día, la puerta se quedó abierta. Charlotte Smith dijo que si escapábamos todos juntos ella sería nuestra cabecilla. Y ella sí se escapó, pero nadie quiso ir con ella. El amo la descubrió y mandó a buscarla. Tomó un cuchillo de trinchar, la agarró por los cabellos y la rapó al cero. Era su costumbre rapar el pelo cuando encontraba a una muchacha hablando con alguno de los mozos. Afeitar la cabeza era un castigo horrible, el peor de todos para nosotras, porque las chicas están orgullosas de su melena.»

En el verano de 1849, Sarah Carpenter fue entrevistada por James Rayner Stephens. El relato de su vida y de la infancia pasada trabajando en Cressbrook Mill apareció en el *Ashton Chronicle* el 23 de junio de 1849.



EQUIPO 5

EXTRACTO DEL LIBRO *Memorias de Robert Blincoe (1828)*

En el verano de 1799 empezó a circular el rumor de que podría firmarse un acuerdo entre los mayordomos de la congregación, los capataces del hospicio de St. Pancras y el propietario de una importante hilandería, cerca de Nottingham. Se les dijo a los niños que en la fábrica harían de ellos caballeros y damiselas: comerían *roast beef* y *pudding*, podrían montar los caballos de sus amos, llevarían relojes de plata y la faltriquera rebosante de monedas. En agosto de 1799, ochenta niños y niñas de siete años, o que se suponía que tenían esa edad, se convirtieron en aprendices de la diócesis hasta que cumplieran los veintiuno. [...]

Los recién llegados fueron conducidos a una estancia espaciosa con mesas largas y estrechas y bancos de madera. Se les conminó a sentarse en las mesas, niños y niñas por separado. La cena que tenían ante sí eran unas gachas con leche de un color muy azulado. El pan era en parte de centeno, muy negro y tan blando que casi no podían tragarlo, porque se les quedaba pegado en los dientes. Dónde están el *roast beef* y el *pudding*, se preguntó.

Llegaron los aprendices de la hilandería. Los mozos se cubrían con camisa y pantalones y eso era todo. Las toscas camisas estaban completamente abiertas por el cuello y se diría que sus cabellos nunca habían conocido un peine. Las mocitas, como ellos, tampoco llevaban zapatos ni medias. Al entrar, algunos de los aprendices miraron a los recién llegados; pero la gran mayoría en lo primero en que posó los ojos fue en la cena, que consistía en patatas nuevas que se repartían desde un ventanuco que unía la sala común con la cocina.

La mesa no tenía mantel, al que los recién llegados estaban acostumbrados del hospicio, ni platos, cuchillos o tenedores. Cuando se daba la señal, los aprendices se precipitaban hacia la ventanilla y cada uno, conforme llegaba, recibía su ración y se retiraba a su lugar en la mesa. Blincoe miraba con los ojos como platos cómo los chicos se arremangaban y recibían, tomándolas con ambas manos, las patatas hervidas que les correspondían para la cena. Las chicas, más decentes, subían los delantales, sucios y grasientos, y una vez recibían su ración salían corriendo como podían a sus puestos respectivos, donde, con voraz apetito, cada aprendiz devoraba su ración y parecía ansioso por hallar algo más. Después, esta tropa hambrienta corrió hacia las mesas de los recién llegados y devoró con voracidad cada miga de pan y cada gota de gachas que habían quedado en ella [...]

El cuarto al que llevaron a Blincoe y a alguno de los chicos estaba un par de pisos más arriba. Las camas eran una especie de literas que ocupaban toda la estancia, y los aprendices dormían de dos en dos. El gobernador llamó a los recién llegados y les fue asignando una cama y un compañero de cama, sin permitir que los recién llegados durmieran emparejándose entre sí. El chico con el que más tarde Blincoe haría migas saltó ágilmente a su camastro y, sin una plegaria ni nada que se le pareciera, cayó profundamente dormido, antes de que Blincoe hubiera podido siquiera desnudarse. Cuando trepó a su camastro, el hedor de los ropajes aceitosos y el pellejo grasiento de su compañero dormido le revolvió el estómago. [...]

Asignaron a Blincoe a una sala presidida por un tal Smith. Su primera tarea fue recoger los restos de algodón que caían al suelo. Nada parecía más fácil y se dispuso a ello diligentemente, aunque aterrado por el movimiento giratorio y el ruido de la maquinaria, y no poco afectado por el polvo y la borra, que lo hacían sofocar. No acostumbrado al hedor, pronto se sintió desfallecer, y a fuerza de encorvarse empezó a dolerle la espalda. De este modo, Blincoe se tomó la libertad de sentarse; pero este comportamiento, según pudo percibir, estaba estrictamente prohibido en las hilanderías de



algodón. Smith, su capataz, le dijo que tenía que mantenerse de pie. Así lo hizo hasta las doce, permaneciendo en pie seis horas y media ininterrumpidas.

Después de realizar la tarea descrita, Blincoe fue ascendido al más importante empleo de devanador de mechera. Siendo demasiado corto de estatura para realizar este trabajo de pie, se le subió a un taco de madera. Por más que se esforzara, le era imposible seguir el ritmo de la maquinaria. En vano insistió en que no le era posible moverse más deprisa: fue azotado por el capataz con gran severidad. Como todos los aprendices, Blincoe estaba íntegramente a la merced de los capataces que le parecían, en general, una pandilla de rufianes brutales, fieros y analfabetos. Cuando se quejó a Baker, su jefe, todo lo que este le dijo fue: «haz bien tu trabajo y no tendrás que recibir azotes». El capataz a cuyo cargo estaba tenía que entregar una cierta cantidad de trabajo en un tiempo convenido. Si los niños no conseguían acabar cada uno su faena, a él se le imputaba la falta y era despedido.

Un herrero de nombre William Palfrey, residente en Litton, trabajaba en una estancia que se hallaba debajo de la de Blincoe. Le incomodaban sobremanera los chillidos y los llantos de los mozuelos. Según Blincoe, con frecuencia rezumaba sangre humana del piso de arriba. Incapaz de soportar los gritos de los chiquillos, Palfrey golpeaba con frecuencia el suelo, con tan inusitada violencia que hacía levantar los tableros, mientras gritaba «¡Por el amor de Dios, por el amor de Dios, ¿está matando a los niños?!» Con este tipo de conducta, el buen herrero daba fe de la crueldad de los brutales capataces, mientras permanecía en su taller; pero a las siete de la tarde se recogía, y tan pronto como Woodward, Merrick y Charnock sabían que Palfrey se había ido a casa, recomenzaban los golpes sin cuento a los chiquillos. [...]

Una muchacha de nombre Mary Richards, de notable belleza cuando —no habiendo cumplido aún los diez años de edad— salió del hospicio, se ocupaba de un banco de estiraje bajo el cual, aproximadamente a un pie del suelo, se encontraba un eje horizontal que permitía dar la vuelta a los bancos de arriba. Sucedió una noche que su delantal quedó atrapado en el eje. En un instante, la pobre niña se vio arrastrada por una fuerza virulenta y se precipitó al suelo. ¡Sus gritos eran tan desgarradores que se te partía el corazón! Blincoe corrió hacia ella, testigo angustiado e impotente del horror. La vio girar y girar con el eje; oyó los huesos de sus brazos, sus piernas y sus muslos sucesivamente chasquear, pulverizarse, se diría, en átomos, mientras la máquina le hacía dar una y más vueltas y arrastraba su cuerpo cada vez más hacia el interior, la sangre salpicaba el banco y se derramaba por el suelo, su cabeza aparecía en pedazos... al final, su cuerpo descuartizado se atascó tan deprisa, entre el eje y el suelo que, estando bajo el nivel del agua y las ruedas fuera de la maquinaria, se paró el eje principal. Cuando la excarcelaron, tenía rotos todos los huesos, y la cabeza horriblemente triturada. Se la llevaron prácticamente exánime.